

Londres, Gran Bretaña. Miércoles, 7 de abril de 2010.

*M*averick se dio la vuelta boca abajo, enterró la cabeza debajo de la almohada y estiró una pierna, atravesándola a lo ancho de la cama. Siguió durmiendo plácidamente hasta que la alarma de su reloj de muñeca empezó a sonar.



La detuvo a ciegas, y continuó remoloneando un rato más mientras la conciencia volvía lentamente. Supo que eso empezaba a suceder al recordar que había quedado para hacer *footing* con la mujer más increíble de la galaxia. Sin siquiera haberse despedido, ya estaba sonriendo. Se colocó boca arriba y cruzó los brazos debajo de la cabeza, envuelto en sus ensoñaciones de hombre enamorado.

Los últimos días habían sido una auténtica locura. Con el bar a rebotar durante todo el fin de semana gracias al festivo de Semana Santa, y la familia de Shea en Londres, instalados en su piso, apenas habían podido verse. Ya no hablar de cosas más placenteras.

Pero la noche anterior se habían puesto al día de todo. Shea había ido a recogerlo al bar después de dejar a su padre y a su hermana en el aeropuerto, y él se las había arreglado para que uno de sus socios aceptara quedarse a cargo del bar. Habían compartido cena, noticias y también había podido aliviar un poco sus ganas de ella. Dos veces para ser exactos.

Dos increíbles, alucinantes, vibrantes momentos de locura. De conexión total. De una plenitud indescriptible. Jamás se había sentido igual estando con una mujer, y había sido precoz para casi todo, así que hablaba con conocimiento de causa.

Sonrió ante sus propios pensamientos. Estaba loco por Shea. Loco de remate. Había pasado de ser un tipo práctico para los menesteres sexuales, de los que iban al grano, a convertirse en este otro sibarita de la intimidad, un experto en preludios largos. Se les daban de miedo los preparativos pre-sexo... Las ganas de disfrutar de uno, bien largo y bien caliente, empezó a tomar forma en su mente.

Y no solo en su mente, pensó al darse cuenta de que se estaba excitando.

Maverick exhaló un suspiro. Su mano, instintivamente, acudió a procurarle alivio.

Si Shea supiera la cantidad de veces que pensar en ella acababa de la misma manera...

Quizás, debiera decírselo.

Pero en aquella amplia habitación, Maverick no estaba solo. Porque no era la habitación del piso que compartía con su madre, sino la de Shea. Los dos se habían quedado dormitando después de hacer el amor. Les sucedía con frecuencia. Normalmente, era ella quien recuperaba la conciencia un rato después y lo despertaba para que se fuera a dormir a su casa. Esta era la primera vez que los dos habían cedido al sueño y, en consecuencia, habían pasado la noche juntos. Volver a despertarse acompañada después de su divorcio le había resultado extraño. Extraño que fuera un hombre diferente de Ian, alguien totalmente distinto en todo; desde el aspecto físico hasta la forma de ser. Extraño que, a pesar de que solo habían transcurrido cinco meses desde el divorcio, su ex fuera poco más que un recuerdo desdibujado, un mal recuerdo. Extraño que al hombre que ahora ocupaba su cama, le hubiera resultado tan fácil llegar hasta allí. Y lo más extraño de todo, lo cómodo y agradable, incluso familiar, que le resultaba todo aquello.

¿Era posible que alguien a quien acabas de conocer te haga sentir como si hubieras vuelto a casa, que te conozca tanto y tan bien, que entienda de ti hasta tus silencios, y que a ti te suceda exactamente lo mismo con él?

Cada vez que intentaba poner un poco de luz en aquel tema, acababa con dolor de cabeza. Porque nada tenía sentido. En ese asunto nada era como le habían enseñado. Estaba enamorada de Maverick. Intensa y profundamente enamorada de él. Como nunca. Y no era el típico caso de la mancha de mora que otra verde quita. Mav era el amor, Ian el impostor que le había robado quince años de su vida. Lo sabía con una certeza que no podía explicarse.

Como se saben las cosas importantes de la vida. Simplemente.

Lo sabía tan bien como que estaba allí, junto al quicio de la puerta, con sus ojos ya acostumbrados a la penumbra, contemplando al hombre que yacía en su cama. El hombre con mayúsculas.

El único.

Maverick abrió los ojos cuando sintió que otra mano apartaba la suya y se adueñaba de su verga. La conciencia plena regresó de golpe, y fue entonces que se dio cuenta de dónde estaba; en casa de Shea. Se le rió el corazón.

El impulso fue decirlo en alto, mostrar su ilusión por aquella primera vez amaneciendo juntos, pero cuando los labios de Shea tomaron el lugar que antes ocupaban sus dedos, él cerró los ojos y, simplemente, se dejó llevar.

* * * * *

Maverick la miraba de tanto en tanto y sonreía. Shea ya estaba allí cuando él reapareció en la barra con la camiseta arremangada hasta el codo, secándose el sudor de la frente con el dorso del brazo, después de haber estado acomodando las bebidas que los proveedores habían entregado temprano por la mañana. Cheryl ya se había ocupado de servirle un *espresso* que ella bebía tranquilamente mientras esperaba a Theresa Gibb-Taylor. El bar recibía la primera oleada de clientes en la pausa para el café, así que la conversación había sido breve. Un “hola, preciosa, me encanta tu traje”, una rápida caricia en la mano, un guiño y, desde entonces, un montón de mensajes que se expresaban en miradas y sonrisas sin venir a cuento. Suficientes para recordarles a los dos que aquel había sido su primer amanecer juntos, en la misma cama, y que como todas sus primeras veces juntos había sido apoteósica.

Para Shea había sido una locura y no solo en la parte física de la locura; especialmente en la emocional. Maverick era un hombre atento. No había más que verlo en su papel de barman. Aunque él decía que era atento por conveniencia, especialmente con el público femenino, había algo en él, una permanente disposición para hacer sentir cómoda a la otra persona. Era así incluso con sus socios. Para Shea, tan poco acostumbrada a ser objeto de atenciones de los hombres importantes de su vida, era toda una novedad. La devoción patente en cada una de las miradas que le dedicaba era solo comparable a la inconmensurable ternura de sus palabras. Mav conseguía hacerla sentir esencial.

Aquella mañana, más. No podía dejar de mirarlo y pensar en cómo había conseguido cambiar sus días, su humor, todo. No podía dejar de intentar tropezar con sus ojos y que estos volvieran a susurrarle naderías al oído.

Como si le hubiera leído el pensamiento, cosa que probablemente hubiera hecho, lo vio dirigirse donde estaba ella.

—No esperaba verte por aquí esta mañana —dijo él, sonrisa en ristre, descansando los codos sobre la barra como si tuviera todo el tiempo del mundo y estuviera dispuesto a usarlo conversando con ella.

Shea exhaló un suspiro.

—¿Ah, no?

—Claro. Habría ido a cambiarme de saber que venías. Esta camiseta huele a tigre.

—Es lo que pasa cuando la hora de ir a trabajar te sorprende en plena juerga... —Sus ojos, delineados por una gruesa línea azul, abandonaron el café y se posaron sobre él cargados de una mezcla de picardía y sensualidad.

Esta vez los suspiros fueron de Maverick. Esos alucinantes ojos grises continuaban siendo su amarre, su puerto seguro, el centro de su mundo. Igual que el primer día.

—Y que lo digas... Por suerte, tiene fácil arreglo. Con poner una muda limpia en el maletero, asunto resuelto.

Su mano llena de anillos se movió con disimulo hasta rozar la de Shea. El brillo de sus ojos le comunicó que el contacto era más que bienvenido; ella disfrutaba de ese coqueteo disimulado.

—O sea que planeas repetir...

—Si la dueña de casa me deja... —Su sonrisa ladeada coronó la inevitable pregunta—: ¿Me vas a dejar?

La voz de Cheryl cambió el tono del momento.

—No has marcado la comanda de la pareja que está en el mesa del rincón. ¿Te ocupas tú, o me dices qué les cobro?

Mientras hablaba, la mirada de la camarera no se había apartado de Shea quien consideró oportuno ignorarla y centrarse en el barman.

Él, a su vez, decidió que estaba demasiado feliz para mantener una conversación de jefe con una empleada resabiada por razones que no tenían nada que ver con el trabajo.

—Márcalo tú, por favor. Un café, una pinta y dos canapés de atún. Gracias —repuso. A continuación, como si la camarera se hubiera evaporado, Maverick devolvió toda su atención a quien le importaba de verdad.

—¿En qué estábamos?... Ah, sí... ¿Me vas a dejar que repita?

Shea se moría por decir que sí. Estaba en Londres, lejos del escrutinio familiar, había recuperado el control de su vida y era libre. Y sí, la verdad era que lo que más le apetecía era que Maverick repitiera. Repetir de todo porque todo se le daba de miedo y a ella le encantaba.

Se moría por decir que sí, pero hacerlo tan pronto restaría diversión al momento. Porque también era verdad que le encantaba ese flirteo que se traían entre manos.

Lo miró con una sonrisa interesante.

—Depende.

—¿De qué, de mí...?

Ella continuó sonriendo, pero no respondió de inmediato. Más allá de los juegos, había algo sumamente importante para ella.

—¿Sabes qué es lo mejor de esto que tenemos? Que simplemente sucede, Mav. —Sus ojos lo miraron intensamente. Había ilusión, expectativa y algo más—. De eso depende, de que lo dejemos suceder. Sin planes. Sin artificios.

Maverick asintió. Su mano volvió a rozarla y esta vez no se retiró.

—Entendido. —Ella ya había vuelto a su café cuando él añadió—: Espero que no te importe que haga un poco de trampa, ya sabes, dándole un buen empujón a la magia para que la breva caiga antes. No te importa, ¿verdad, preciosa?

Los dos rieron. Fue una risa íntima, cómplice, tras la cual Maverick decidió que lo mejor era cambiar de tema antes de que las ganas de encerrarse con ella en la bodega se volvieran insoportables.

—No me comentaste nada de que venías a ver a Tess...

Esos increíbles ojos grises brillaron de emoción. Otra clase de emoción, de tipo profesional, que a Maverick le encantó ver.

—No estaba previsto. Me llamó hace un rato.

La sonrisa, tan preciosa e ilusionada como su mirada, le comunicó a Maverick que las cosas estaban saliendo a pedir de boca.

—¿Va a firmar contigo?

Ella asintió repetidas veces con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Tengo que llamar a Dylan para decírselo. Fue él quien me dio el contacto.

—¡Bien hecho, preciosa! ¡Felicidades! —Se inclinó por encima de la barra para hablarle al oído y de paso, le dejó un ligero beso sobre el lóbulo—. Puedes subirte a la barra y celebrarlo bailando para mí, si quieres.

Cuando se apartó, la famosa blancura de aquel rostro pecoso era historia. Un rojo bermellón precioso había ocupado su lugar.

—Te adoro, nena —no pudo evitar decirle—. Y me parece que vamos a tener que dejarlo para más tarde porque Tess está entrando por la puerta.

Una sonrisa imposible dominó el rostro masculino cuando se acercó a hablarle al oído.

—Mi baile, digo. No creas que vas a librarte.

© 2019. Patricia Sutherland.

Momentos Especiales. Maverick & Shea.

www.jeraromance.com